

GUERRA EN EL GOLFO (1)



**ARTURO PEREZ REVERTE
ENVIADO ESPECIAL A IRAQ**

- Terminó el "paseo militar" de las tropas de Bagdad, que encuentran frente a ellas una resistencia obstinada y total
- Los daños en las instalaciones petroleras de uno y de otro bando se evalúan entre los 5.000 y 6.000 millones de dólares



Blindados iraquíes avanzan hacia Dezful, para cortar la retaguardia a los iraníes que combaten en Ahwaz, Abadan y Jorramshahr. (Foto PEREZ-REVERTE.)

El piloto iraní es muy joven, de escasa estatura. Viste todavía el traje anti-G sobre su equipo de aviador. Sus guardianes, dos fornidos soldados iraquíes con uniforme camuflado, le llevan sujeto por los codos, y entre ellos parece pequeño y frágil. Está aturrido por los acontecimientos recientes: la llamarada naranja en torno a su avión, la explosión del asiento eyectable, el salto en paracaídas, su captura... Tiene veinticuatro años y es un soldado de élite: piloto de Phantom. Se comporta con dignidad; sólo ha dicho hasta ahora su nombre, grado y número de identificación. Pero cuando ve enfocadas sobre él media docena de cámaras de televisión y le rodea el resplandor de los flashes fotográficos, cuando todos le acosan a preguntas y los periodistas se agolpan a su alrededor, cuando piensa que quizá sus familiares y amigos le vean como está ahora, prisionero y humillado, baja la cabeza, abatido, y se pone a llorar desconsoladamente, como un niño.

ARDE CHATT EL ARAB

La artillería iraní machaca la orilla occidental de Chatt el Arab. Entre los sacos de arena de un pequeño fortín situado en el palmeral de Basora, el comandante Yadiid señala sobre el mapa las posiciones enemigas próximas. Se trata —dice— de una guerra total, contra un enemigo fanático e irracional. Los depósitos de combustible no son más que un amasijo de llamas rojas sobre las que flotan densos penachos de humo negro. Uno de los pocos técnicos extranjeros que permanecen aquí, un británico que se niega a dar su nombre, se encoge de hombros con las manos en los bolsillos, mientras observa el incendio: «Los destructores que unos y otros se han causado en las refineras e instalaciones petroleras pueden calcularse, por lo bajo, entre cinco mil y seis mil millones de dólares. Y aún no han terminado de sacudirse».

LA BATALLA DEL JUZESTAN

Desde los cañaverales de la margen derecha es posible ver Jorramshahr. El gran puerto petrolero está en llamas, y entre las destruidas estructuras metálicas resisten todavía los últimos «pachdaranes», los guardianes de la revolución. Jorramshahr es uno de los tres vértices del «triángulo petrolero» al que apuntan las tropas de Bagdad, que viene a ser algo así como el ombligo económico del país enemigo. La ofensiva iraquí, frenada por el inesperado tesón de los combatientes jomeinistas, tiene por objetivo en este frente sur producir el colapso total de la extracción petrolífera iraní. Eso, en lo que al Juzestán —Arabistán para los iraquíes— se refiere. Para el resto del país, la estrategia incluye la destrucción del mayor número posible de refineras. Hasta la fecha, Abadán se encuentra paralizada, y Tabriz, Chiraz, Teherán y Kermansharh funcionan sólo parcialmente. Los expertos calculan que Irán ha perdido ya más de las tres cuartas partes de su capacidad de refino, lo que explicaría las restricciones de carburantes impuestas en el país por las autoridades islámicas.

«No pretendemos conquistar al Arabistán. Sólo combatimos aquí por las necesidades de la guerra. En cuanto Teherán acepte nuestras reivindicaciones sobre Shatt El Arab nos marcharemos...» El funcionario del Ministerio de Información iraquí habla con total convicción. Sin embargo, Bagdad multiplica los llamamientos a la población árabe de la provincia para que «colabore con los hermanos árabes» que la invaden, y los iraníes aseguran que se trata de un intento de anexión. ¿A quién creer? Lo único claro es lo que se ve sobre el terreno. Y sobre el terreno se comprueba que, deseen quedarse o marcharse, las tropas iraquíes están echando mucha carne en el asador del destrozado frente sur,

con un objetivo que parece evidente: aislar militarmente el Juzestán del resto de Irán. Los combates que se desarrollan en dirección a Dezful sólo pueden explicarse como un intento por controlar las vías de comunicación terrestres entre la provincia juzestani y la capital enemiga, Teherán. Si este eje de carreteras llega a cortarse, las unidades jomeinistas que defienden el «triángulo» Ahwaz-Abadán-Jorramshahr se verán aisladas de su retaguardia y, tarde o temprano, habrán de rendirse. Y con todo el Juzestán, o Arabistán, en sus manos sería muy difícil para Bagdad eludir la tentación de no retirarse de la zona hasta que Teherán otorgue a la población árabe que la habita un estatuto de autonomía. Quizá a eso se refería aquel capitán iraquí que comentaba, encaramado en la torreta de su tanque de fabricación soviética T-62: «No somos un ejército de ocupación, sino un ejército de liberación.»

PETROLEO EN LLAMAS

Petróleo, petróleo. Mis ojos de occidental decadente se abren con espanto al ver las humaredas negras que cubren en cielo, adelantando en una hora la oscuridad de la noche. Tardarán años antes de poner esto otra vez en condiciones. Un informe que acaba de llegar señala que los Phantom iraníes acaban de cebarse de nuevo en las instalaciones de Mosul y Kirkuk. De esta última ciudad sale el oleoducto que, tras recorrer 1.100 kilómetros, va a parar al Mediterráneo. Pero ese pipeline ya no funciona; la guerra pudo con él. También Iraq está pagando un alto precio: sus vías de exportación se encuentran bloqueadas y la producción reducida al mínimo.

Abadán, la mayor refinería del mundo, está hecha cenizas en buena parte. A Jomeini eso le trae sin cuidado; su historia es otra. To-

do puede arder si tras las llamas se encuentra la purificación. Irán se batirá hasta el final; no habrá alto el fuego, no habrá negociación alguna. En Bagdad, Saddam Hussein vacila: ¿Parar o continuar hasta el final? La guerra ha ido demasiado lejos, ha sobrepasado las previsiones. La «guerra relámpago» se está convirtiendo en una larga sangría de posiciones y trincheras, de duelos artilleros, de «raids» aéreos y de mutuas represalias. Los extranjeros abandonan Bagdad. Hay miedo, la guerra va a durar. Esa es una mala señal, camaradas. Peligro en los proyectos de desarrollo. Este año, precisamente, expira el Tercer Plan Quinquenal iraquí, que ahora se ve brutalmente frenado por la interrupción de las exportaciones petroleras. Los ingresos nacionales anuales debían haber sido, para el próximo diciembre, de 7.000 millones de dinares, algo así como 1.820.000 millones de pesetas. Todo se fue por la borda, se lo llevó el río ardiente del holocausto bélico. Esta iba a ser una guerra corta, precisa y limitada, aparte de victoriosa. ¿Dónde estuvo el fallo?

CUATRO ERRORES

Desde aquí, al menos, bajo las bombas de la aviación iraní, se me ocurren cuatro eslabones débiles en la estrategia que Iraq se planteó antes de lanzarse a la guerra.

● En primer lugar, no hubo «guerra relámpago». A pesar de las enseñanzas de los recientes conflictos armados en la región —especialmente las guerras arabe-israelíes—, la fuerza aérea jomeinista no fue destruida en tierra el primer día. ¿Por qué? Misterio. O no se pudo, o no se supo, o se la creyó menos eficaz de lo que en realidad es. Y sin la aviación enemiga destruida no hay superioridad aérea posible.

● Segundo error de cálculo: esa fuerza aérea iraní, por la que los obser-

vadores no daban un centavo, se ha revelado eficaz, con pilotos bien adiestrados, y capaz de hacer volar, si no los complejos F-14, sí los Phantom F-4. A pesar de la falta de mantenimiento. A pesar de las purgas. A pesar del burdel organizativo de las fuerzas armadas jomeinistas. La aviación, los restos de aquella formidable fuerza de élite creada por el sha, aguanta el tipo y es capaz de devolver golpe por golpe. Cierto que ya no es capaz, como hubiera ocurrido en otro tiempo, de clavar en el desierto a los tanques iraquíes. Pero bastante menos de una piedra.

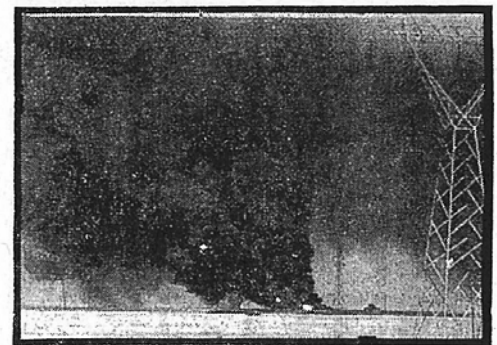
● Tercera equivocación: la infraestructura económica iraquí, léase petróleo, no ha permanecido a salvo. Por el contrario, ha sido blanco prioritario y privilegiado de los ataques enemigos. Como aquel personaje bíblico, Jomeini ha hecho suyo el «aquí murió Sansón con todos los filisteos». Y si Irán pierde al ver paralizada su industria petrolera, lo cierto es que Iraq pierde mucho más. Al fin y al cabo, o sea el primero supone sólo un poco más de caos dentro del ya existente, mientras que para el segundo el caos puede empezar ahora.

● Cuarto fallo: el Ejército iraquí es excelente, ma-

neja un buen material y sus hombres están adiestrados. Se auguraba un paseo militar. Pero la población árabe del Juzestán no se ha guiado para unirse a los invasores, y los «pachdaranes» de Jomeini se aferran al terruño y se defienden como leones a tiro limpio entre las llamas de Abadán o en las afueras de Ahwaz. Para dominarlos, Iraq debe poner en juego algo más de las tres divisiones que hasta la fecha ha empleado en el conflicto. Y, además, todo lo que sea profundizar en el territorio enemigo supone alargar las vías de comunicación y complicar la logística en un país hostil y fanatizado.

Iraq ha ido demasiado lejos para retroceder. Ahora los acontecimientos no se controlan desde Bagdad, sino al contrario; son los acontecimientos los que determinan el curso de las cosas. Con su negativa a negociar, Irán sólo deja al enemigo dos caminos, igualmente peligrosos: continuar la guerra total o tragarse el sapo de dar marcha atrás. La elección es muy difícil para Saddam Hussein, cuyo régimen, dicen las lenguas de doble filo, no sobreviviría a una derrota militar.

(Continuará.)

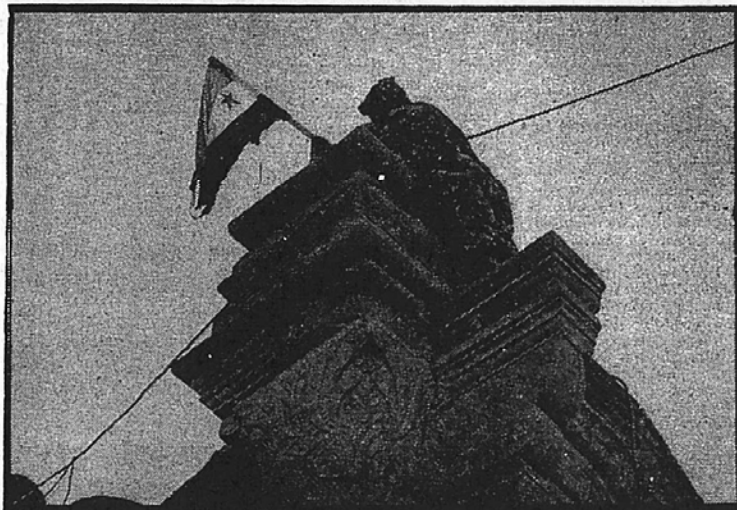


Una densa humareda se alza desde los bombardeados depósitos petroleros de Ahwaz, en el Juzestán iraní.



**ARTURO PEREZ REVERTE
ENVIADO ESPECIAL A IRAQ**

- El rechazo iraní a la negociación pone a las tropas iraquíes ante un conflicto largo y económicamente desastroso
- La única forma de poner de rodillas a Jomeini es la guerra total, pero ello puede suponer para Saddam Hussein un arma de doble filo



Los vencedores izan la primera bandera en Kaser Sherin

EN la carretera que saliendo de Kaser Sherin se adentra en territorio iraní, un «bulldozer» empuja a la cuneta la carcasa humeante de un tanque M-60 iraní. Desde una hondonada, entre las colinas próximas, la artillería lanza sus proyectiles quince kilómetros más allá, sobre las posiciones jomeinistas. En los vehículos blindados de transporte de tropas, de fabricación soviética, soldados con el rostro cubierto de polvo hacen con los dedos la uve de la victoria.

EL DILEMA DE BAGDAD

«Kadisiya, Kadisiya... El nombre de la célebre batalla que en el año 633 dio la victoria a los musulmanes sobre el imperio persa de los Sasánidas se ha convertido en el grito de guerra de los soldados de Bagdad. Como se ve, la historia viene de antiguo; no se trata de un conflicto reciente, ni mucho menos. Aquí se está jugando algo más que una pugna religiosa entre sunnitas y chiitas; algo más que una lucha por el petróleo o por el liderazgo de la zona. Es la vieja y secular enemistad entre árabes y persas la que está en el fondo de toda esta guerra. Una rivalidad que, en el caso de Iraq e Irán, se materializa en un nombre: Chat el Arab.

Las raíces de la cuestión territorial vienen de muy atrás. El contencioso fronterizo por la desembocadura del Tigris y el Eufrates entró desde hace mucho

tiempo a los países ribereños. En 1913, un acuerdo turco-persa estableció la frontera en la línea media del curso de agua. Veinticuatro años más tarde, un nuevo protocolo apadrinado por Gran Bretaña hizo retroceder la frontera iraní hasta la orilla izquierda, quedando todo el estuario bajo soberanía de Iraq. El sha Reza Pahlavi denunció el tratado en 1969, reafirmando de nuevo el derecho persa a la mitad de las aguas en litigio. Poseedor del Ejército más poderoso de la región, y «niño consentido» de Washington en la zona, siguió ejercitando su voracidad territorial en 1971, cuando sus tropas ocuparon las islas árabes de Gran Tumba, Pequeña Tumba y Abu Mussa, en el Estrecho de Ormuz. En aquella época, Iraq apenas contaba con medios para oponerse al temible vecino. Según el propio Saddam Hussein,

la aviación de Bagdad «no disponía entonces más que de tres bombas». No hubo más remedio que apretar los dientes y tragar, aguardando tiempos mejores. E Iraq aguardó, armándose hasta los dientes, mientras la Persia imperial le amargaba constantemente la vida en Chat el Arab, estrangulando poco a poco el tráfico comercial del país vecino por aquella ruta, única de comunicación con el Golfo.

● NO HUBO «GUERRA LIMITADA»

Hoy, las cosas son muy diferentes. «La única posibilidad de que Irán nos opusiera una seria resistencia que podría hacernos daño a largo plazo, sería una guerra de guerrillas», me confía un capitán iraquí. Y, al menos según se ve desde el terreno, parece una afirmación veraz. El poderoso Ejército armado a la americana del sha se ha desvanecido en el marasmo revolucionario jomeinista. Ante el rodillo aplastante de las tropas iraquíes, Irán sólo opone el fanatismo de sus «pachdaranes» y una aviación que, a pesar de las purgas y del caos logístico, todavía mantiene una cierta sombra de lo que fue. El problema para Iraq no estriba en que sus tropas sean inferiores, ni siquiera equiparables a las enemigas. Las dificultades son de otra índole. La «guerra limitada» de un principio no encuentra sus límites, debido al tesón de Jomeini —que sabe lo que le va en ello— y al valor de los combatientes iraníes. La única forma de poner de rodillas a Irán es lanzar la guerra total, la invasión del país y el aplastamiento absoluto de las fuerzas persas. Pero ello supone, primero, contar con unas reservas militares que no son fáciles de lograr. En segundo término, convertir la floreciente economía iraquí en economía de guerra, con el retraso que para el desarrollo nacional eso supone. Y en tercer lugar, esa «guerra total» sig-

nificaría adentrarse demasiado en un país enemigo, hostil y dispuesto a defenderse hasta el último cartucho, metiendo quizá la cabeza en una trampa de la que resultaría muy difícil sacarla intacta.

En su palacio de Bagdad, Saddam Hussein conferencia con sus generales y duda. Lanzarse a fondo o no, esa es la cuestión. Sus ofertas de negociación, todo aquello que le hubiese permitido lograr los objetivos al mínimo costo, han sido rechazadas. Ante él sólo se abre la posibilidad de una guerra larga, sangrienta y, sobre todo, económicamente desastrosa. El líder iraquí debe estar su-

● LAS FUERZAS, EN LUCHA

«No deseamos seguir avanzando en territorio iraní —insiste un portavoz oficial en el frente Norte—. Todos nuestros objetivos han sido cubiertos, de verdad. Sólo deseamos detener la guerra y negociar. Podríamos continuar; ustedes, los periodistas, lo han comprobado. Pero el fanatismo del enemigo impide cualquier arreglo pacífico.»

Desde luego, vista desde el campo de batalla, la máquina militar de Iraq resulta impresionante. Treinta kilómetros dentro de territorio iraní, en el sector de Kaser Sherin, las desérticas colinas son un hormiguero de carros de combate y baterías anti-aéreas. Los «Mig», «Sukoi», y «Tupolev», con la escarpela de Bagdad, pasan en formación camino de sus objetivos en zona enemiga. El asfalto de las carreteras está hecho gravilla por las cadenas de los tanques T-62, y por todas partes los soldados saludan con moral de victoria. La táctica de combate de los invasores es del más puro estilo soviético: uso masivo de la artillería en grandes concentraciones para preparar el terreno, que después es ocupado por la Infantería. Los carros blindados participan para consolidar el avance de las tropas de a pie, o en el asalto a ciudades, usán-

dose también como armas contracarro contra las formaciones persas.

Del otro lado, la falta de organización y la incapacidad de establecer una defensa potente y sistemática resultan evidentes. En los combates que tuvieron lugar en las zonas que he visitado, los tanques iraníes se presentaban en pequeños grupos, sin protección, siendo presa fácil de los cañones y aviación iraquíes. Esta intervención aislada de las unidades pesadas persas es la causa de que no se hayan dado grandes batallas de blindados, como era de esperar en un principio. Además, todos los tanques destruidos que he visto en el otro bando eran americanos, en especial del modelo M-60. No hay, hasta ahora, noticias de que Irán haya utilizado sus casi novecientos modernos «Chieftain» británicos, cuya complejidad puede haber sido la razón de que no se encuentren debidamente operativos, a causa del deficiente mantenimiento. Del lado aéreo, tampoco se han visto volar los sofisticados «F-14», quizá por la misma causa. Otra temible arma, especialmente útil en la lucha contracarro, que está ausente, a pesar de contarse en buen número entre el material iraní, son los modernos helicópteros americanos «Cobra». Lo mismo puede decirse de los más avanzados sistemas de misiles con los que, en teoría, cuenta Irán. Puntos negativos, todos ellos, que deben sin duda achacar-se a la falta de técnicos especializados y al caótico estado en el que, según los informes, se encuentra la infraestructura para la puesta a punto de estas delicadas armas.

A los iraníes les falla también el factor humano. El desesperado fanatismo de los combatientes de la revolución no puede suplir, ni de lejos, la eficaz maquinaria bélica de aquellas fuerzas armadas imperiales, de las que hoy sólo quedan los restos. Los 240.000 hombres mejor entrenados del Oriente Medio se han convertido en 180.000, tras desertiones y purgas sin cuento. 250 ge-

nerales más o menos eficientes —en su mayor parte lo eran, y mucho— han sido reemplazados al frente de las tropas por oficiales sin experiencia o por jefes cuyo mérito es más bien político-religioso que castrense. Y, como bien comentaba un colega de la Televisión Francesa, «no puede esperarse demasiado de unas Fuerzas Armadas mandadas por curas».

● LA AVIACION AGUANTA

Como ya he comentado con anterioridad, sólo la Fuerza Aérea iraní se aproxima un poco a la altura de las circunstancias. Un piloto no se improvisa, y si bien la fe religiosa mueve montañas, todavía no es capaz de hacer pilotar un Phantom. Jomeini no ha tenido más remedio que recurrir a los pilotos formados en tiempos del sha —aquellos que han sobrevivido a los últimos y revueltos tiempos— y lanzarlos al combate. Ellos llevan el mayor peso de esta guerra. Con los F-5, poco adecuados para este tipo de guerra, y con los F-14, como hemos visto, demasiado complejos para ser mantenidos operativos con seguridad, la punta de lanza consiste en los aviones Mac Donnell F-4 (Phantom). Los problemas de recambios han sido solucionados, por el momento, reuniendo entre los 188 aviones existentes de este modelo las piezas suficientes para mantener el vuelo de unos de un centenar. Y como los pilotos son buenos, y los aviones, rápidos y maniobrables, están en condiciones de medirse con buenos resultados ante los Mig-19 y los Mig-21 iraquíes, cuyos pilotos, aseguran los especialistas, quizá no tengan tanta calidad. Por otra parte, el mejor avión de la Fuerza Aérea iraquí, el Mig-23, avión sofisticado de geometría variable, todavía no ha sido lo bastante probado por Bagdad como para ser operacional en combate.

Continuará

(Fotos del autor)



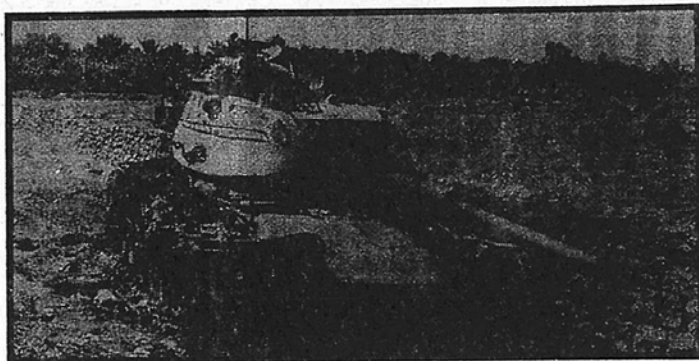
Tropas mecanizadas iraquíes victoriosas, sobre suelo iraní

GUERRA EN EL GOLFO ③



ARTURO PEREZ REVERTE
ENVIADO ESPECIAL A IRAQ

- ◆ Por primera vez, Oriente Medio asiste a un conflicto que escapa al control directo de las grandes potencias
- ◆ Nunca hasta ahora se había registrado tanto ensañamiento contra la infraestructura económica del país enemigo



Treinta y cinco kilómetros dentro de Irán, un tanque persa destruido jalona la pista que dice textualmente:

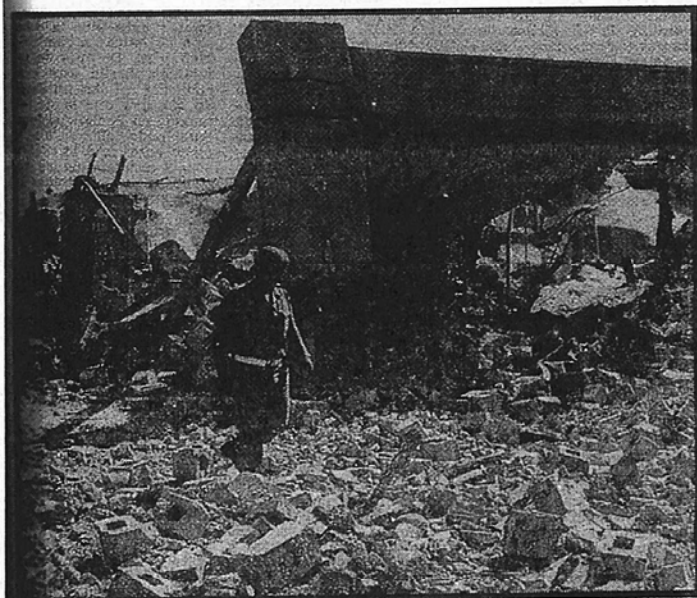
trincantes, la más vital, la decisiva, ha sido la aérea. Durante la primera semana, y me atrevería a decir que casi hasta ahora mismo, la clave de los acontecimientos ha estado cifrada en los combates aéreos entre los Mig iraquíes y los Phantom de Jomeini. Esta faceta espectacular de la guerra en

En lo que al armamento se refiere, se da también una faceta curiosa. Ni en el sector terrestre ni en el aéreo se ha recurrido al material militar más sofisticado con que cuentan los contendientes. Pero ello no ha sido por falta de ganas, sino porque, sencillamente, ambos bandos han tenido problemas para

Kurdistán, en previsión de posibles levantamientos locales. Por parte iraní, podemos mencionar el hecho de que, diez días después de iniciada la guerra, Teherán todavía no había desplegado hacia el frente el grueso de sus dos mil tanques, que permanecían en las fronteras con la URSS y Afga-

PARA el observador que sigue esta guerra sobre el terreno, hay un aspecto extraordinario que no tarda en llamar su atención. Los aviones que vuelan son soviéticos y americanos, las bombas que arrojan están fabricadas en Siberia o en Arkansas, los soldados se matan con fusiles de asalto «Kalashnikov» o M-16, y los misiles y carros de combate que llenan el desierto de chatarra humeante son rusos, franceses, yanquis... Sin embargo, y según las apariencias, los bandos en liza van «por libre». Quiere decir esto que el conflicto irano-iraquí no puede considerarse según los patrones clásicos de las anteriores confrontaciones habidas en el Oriente Medio. Ninguno de los combatientes está directamente respaldado por las grandes potencias. Y ello convierte a este choque armado en un tipo de guerra que puede considerarse único en la zona, y posiblemente en el tercer Mundo.

SI TUVIERAN LA BOMBA ATÓMICA "LA USARIAN"



La estación de radio de Kaser Sherin, arrasada por los iraquíes

Hasta ahora, los grandes conflictos en tan polémica región habían sido capitalizados por Israel. Se trataba de la típica guerra entre «grandes» a través de peones interpuestos: los judíos para USA, y los árabes para la URSS. La batalla se desencadenaba cuando los países daban luz verde, y se iniciaba cuando el Kremlin o la Casa Blanca se ponían de acuerdo para decir «bas». Entre tanto, eficaces aviones aéreos se encargaban de suministrar con exactitud a los beligerantes el material de repuesto suficiente para proseguir la lucha, y a ser posible, ganarla. Se trataba, ni más ni menos, de guerras controladas.

La apariencia, la confrontación entre Iraq e Irán no controla nadie, ni siquiera los interesados directos. Durante una conversación sostenida en Bagdad horas después de un duro bombardeo persa, un diplomático iraní me hizo este interesante comentario: «Lo terri-

ble es que, si los contendientes hubiesen tenido disponibles armas nucleares, las habrían usado.» Y semejante reflexión da mucho en qué pensar.

UNA GUERRA ATÍPICA

En un primer vistazo podemos establecer las «diferencias técnicas» que caracterizan a este conflicto y lo hacen atípico. En principio, como ya hemos mencionado, no se da la influencia directa de grandes potencias sobre los bandos beligerantes. No hay «puentes aéreos» para reponer material ni hay esfuerzos importantes de mediación. En segundo término, el desarrollo de la guerra no sigue los pasos tradicionales. En vez de tratarse de un ataque relámpago de un país contra otro —en este caso de Iraq contra Irán—, el asunto se inició con una serie de incidentes fronterizos que hicieron subir la tensión, y que culminaron con una ofensiva

limitada y parcial de las tropas de Bagdad en el territorio enemigo. Ofensiva, por otra parte, que tenía por objeto capturar una pequeña franja de terreno y negociar, pero nunca enzarzarse en un conflicto prolongado y costoso. A este punto sí puede considerarse «clásico», pero en la realidad las cosas no ocurrieron así, para sorpresa de Iraq. Por otra parte, en las guerras árabe-israelíes, por ejemplo, el primer paso del ataque consistía en destruir en los primeros minutos la mayor parte de la fuerza aérea enemiga en sus aerodromos, o al menos intentarlo. Tampoco en este punto Bagdad actuó según los moldes. Sus ataques fueron incompletos y no lo suficientemente devastadores como para poner fuera de combate a la aviación enemiga.

Todo ello nos lleva a otro punto que difiere también de los patrones «clásicos» en estos tipos de guerra. De entre todas las batallas inmortales libradas por los con-

el aire no se dio con tanta intensidad ni siquiera en los más álgidos momentos de las dos últimas confrontaciones árabe-israelíes. En aquellas, uno de los dos bandos —habitualmente el judío— alcanzaba con mayor o menor rapidez la supremacía en los cielos, y ello influía decisivamente en las etapas siguientes del conflicto. En la frontera irano-iraquí todavía no puede afirmarse con certeza si uno de los dos contrincantes ha logrado imponerse en este terreno.

OBJETIVOS ECONÓMICOS

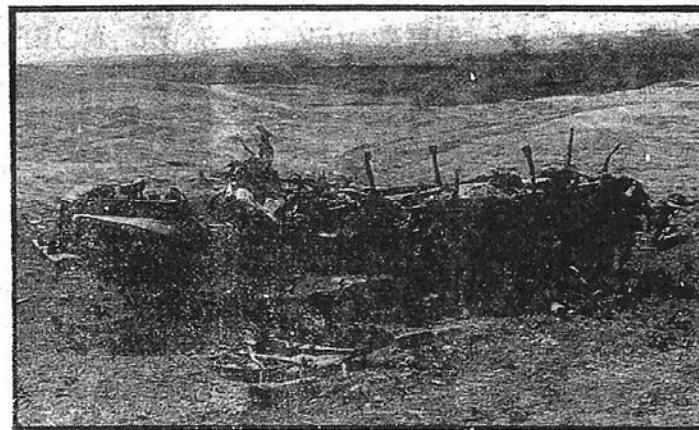
Siempre dentro del campo aeronáutico, hallamos también otro rasgo peculiar: los bombardeos. Por primera vez se realizan sistemáticamente ataques aéreos sobre objetivos no estrictamente militares, cosa que, volviendo a nuestro punto de referencia, casi nunca ocurrió, ni siquiera en el curso de las más feroces batallas entre árabes y judíos. Iraq e Irán se han bombardeado mutuamente objetivos económicos, y, por tanto, civiles. Además —y he aquí otro aspecto especial—, no sólo no han procurado respetar las instalaciones petroleras, sino que desde el principio éstas se han convertido en blanco privilegiado de sus respectivas bombas.

usarlo en condiciones operativas. Por parte iraní, los complejos sistemas de misiles, los carros Chieftain, los helicópteros Cobra y los aviones F-14 Tomcat no habían sido mantenidos en las condiciones idóneas para ser utilizados, al menos durante los primeros once días del conflicto. Por parte iraquí, como ya señalábamos ayer, los modernos Mig-23 soviéticos, de alas en geometría variable y muy dotados electrónicamente, no contaban todavía con pilotos lo suficientemente adiestrados para el combate al inicio de las hostilidades. Además, la ofensiva lanzada por Bagdad se llevó a cabo antes de desplegar bien el «paraguas defensivo»: los nuevos radares comprados en Francia todavía no habían sido entregados por la empresa Thomson-CSF, ni estaban terminados los doce depósitos de alta capacidad enterrados en Rutba, al Oeste, y en Tikrit, en la carretera de Mosul. A ello podemos añadir, por otra parte, que los primeros días de guerra se caracterizaron por la ausencia de una gran acumulación de material por ambos bandos en la zona de batalla. Iraq sólo comprometió en la lucha menos de la mitad de sus diez divisiones «convencionales», quedando las otras de reserva o en la región del

nistán. Todavía, una última «diferencia». En todas las guerras contra Israel se registró, en mayor o menor medida, una solidaridad casi absoluta del mundo árabe con los países que combatían en primera línea. En el conflicto que nos ocupa, a pesar de tratarse de la lucha de un Estado árabe contra otro que no lo es —aunque sea musulmán—, dos países no sólo no se han solidarizado con Iraq, sino que uno lo ha criticado veladamente y el otro ha adoptado una actitud hostil: Libia y Siria, respectivamente. Y no se trata de que a Damasco Jomeini le caiga más simpático que los judíos, sino que juega aquí la tradicional enemistad entre Siria e Iraq, separados por graves cuestiones políticas y de hegemonía. Mientras otros conflictos tuvieron la virtud de unir, al menos en los momentos de la batalla, a los hermanos árabes, la guerra de Chant-El-Arab está logrando el efecto opuesto. Y es que, desde el Atlántico al Golfo, nunca llueve a gusto de todos.

En resumen, una guerra de un nuevo tipo que dará que hacer, sin duda, a los analistas militares.

(Continuará.)
(Fotos del autor)



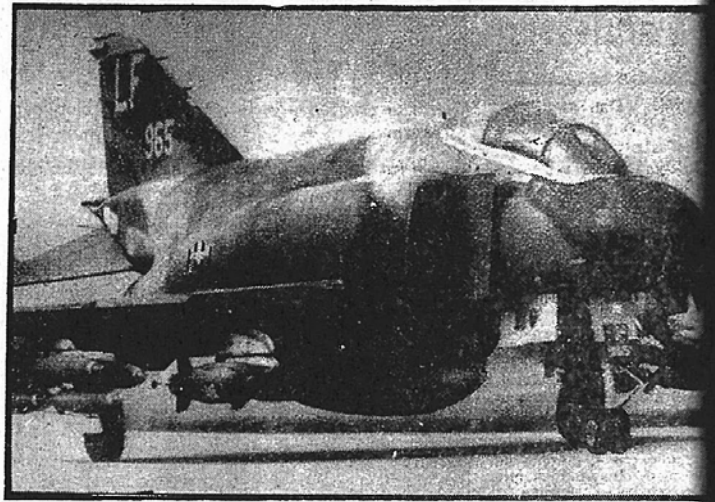
Un camión de tropas iraní, destruido por un misil.

GUERRA EN EL GOLFO (IV)



ARTURO PEREZ REVERTE
ENVIADO ESPECIAL A IRAQ

- Se refuerza la idea de una participación israelí en el ataque al centro nuclear iraquí
- Los incursores actuaron con una precisión inusitada en la aviación persa



El F-4 Phantom. Dos unidades de este avión bombardearon el centro nuclear iraquí

HACIA el mediodía del 30 de septiembre, los cuatro «Phantom» cruzaron la frontera por el noroeste, y volando casi a ras de tierra se acercaron vertiginosamente a Bagdad. Un par de minutos antes de alcanzar la capital iraquí se dividieron en dos grupos. Uno de ellos viró, siguiendo el Tigris, hacia la central termoelectrónica de Dora. La otra pareja, ganando altura entre la espesa red de explosiones que tejía a su alrededor la defensa antiaérea, se dirigió hacia Tesifon, localidad situada a treinta kilómetros de la ciudad.

ASI FUE EL ATAQUE A TAMMUZ

Los dos primeros aviones pasaron sobre el hotel Al Mansur antes de alcanzar su objetivo. Tumbados en la explanada frente al edificio, un grupo de periodistas presenciaron el bombardeo. Entre el estruendo de las metralladoras y el relampagueo de los misiles tierra-aire, las dos manchas pardas picaron en el cielo azul salpicado de nebulillas negras y a su paso se levantó una gruesa columna de humo, precedida por tres sordos estampidos. Los depósitos de fuel de la central comenzaron a arder furiosamente y el ulular de las sirenas de las ambulancias, que acarreaban docenas de heridos, polarizó nuestra atención para el resto del día.

Treinta kilómetros más lejos, de forma mucho más discreta, los otros dos «Phantom» alcanzaban también en ese momento su objetivo. Con los ojos clavados en los instrumentos electrónicos de su tablero de mandos, los pilotos dispararon sus armas de a bordo sobre un pesado edificio cilíndrico de hormigón que se encuentra tras el

campo militar de Moska Hachid. El lugar sólo está identificado por un cartel donde figuran las palabras Electronic Industries». Las bombas causaron sólo daños parciales en la construcción, pero éstos bastaron, dicen, para retrasar durante un año los trabajos de investigación que allí se llevan a cabo. Suficiente para que la misión llevada a cabo por los incursores pueda considerarse un éxito, si tenemos en cuenta que el objetivo alcanzado era nada menos que el centro de investigación nuclear franco-iraquí de Tammuz. Como el que dice, el «taller» de donde un día puede salir la primera bomba atómica del mundo árabe.

● 1.500 MILLONES DE FRANCOS

Cuando los periodistas nos agolpábamos sobre los télex para transmitir la crónica del bombardeo, funcionarios del ministerio iraquí de

información se apresuraron a desmentir la noticia. El enviado especial de la agencia France Presse, que ya había transmitido detalles del ataque a Tammuz, recibió automáticamente la orden de expulsión del país. «El centro de investigación nuclear no ha sido tocado», afirmó tajantemente un alto cargo encargado de mantener las relaciones con la Prensa internacional acreditada en Bagdad. Sin embargo, los intentos por ocultar la realidad fueron en vano. Fuentes oficiales francesas, directamente relacionadas con el tema, no tardaron en confirmar la noticia. Con un alarde increíble de precisión, los atacantes aéreos habían dado en el blanco. Todo el mundo se hizo cruces ante la osadía y pericia profesional de unos pilotos que, según los cálculos hechos al comienzo de la guerra, no eran capaces ni de hacer volar una cometa.

El centro nuclear iraquí, proyectado para ser operacional en 1981, se encuentra en su fase terminal. Tras el contrato de 1.500 millones de francos firmado con París hace cuatro años, ya se encuentran en el recinto los primeros kilos de uranio enriquecido al 93 por 100, destinado a alimentar los dos reactores nucleares existentes en la planta, llamados «Osirak» e «Istis». Tammuz 1 y Tammuz 2 para los iraquíes—. Tras el bombardeo, en el que ninguno de los 75 técnicos franceses que allí prestan servicios resultó herido, todo el personal extranjero fue evacuado, excepto un reducido equipo de seguridad.

● ISRAEL ACECHABA

Desde hace tiempo, la existencia de este centro de investigaciones viene despertando serios recelos, especialmente en Israel y sus amigos. Incluso en París, a pesar del «negocios en negocios», varias voces importantes se han alzado, pregun-

tándose si Francia no habrá cometido un error al instalar un reactor nuclear en una de las zonas más críticas del planeta. A este respecto, los defensores del acuerdo con Iraq señalan que el equipo instalado en las afueras de Bagdad no se encuentra en la lista del material denominado «sensible» por los exportadores de tecnología nuclear. Se añade por esta parte que, si bien el uranio enriquecido puede, en principio, ser desviado para la fabricación de una bomba, este riesgo es mínimo, pues para ello hacen falta unos medios especiales que Iraq, de momento, no posee. De todas formas, hay expertos —especialmente los israelíes— que sostienen que, con cierta ayuda exterior, Iraq podría terminar produciendo de veinte a cuarenta kilos de plutonio por año, lo que sería cantidad suficiente para fabricar de tres a seis bombas. Ello, aunque, a diferencia de Argentina, Pakistán, Israel o África del Sur, más adelantados en este terreno, Bagdad no pudiera fabricar su arma atómica en plazo inferior a medida decena de años.

Por su situación geográfica y por los intereses en conflicto, Israel es quien más amenazado se siente ante el peligro que cree descubrir en las investigaciones nucleares iraquíes. Además, si Iraq emerge victorioso de la actual contienda con Irán, su ascenso al liderazgo árabe en la zona puede, en líneas generales, darse como casi seguro. Y ello, que duda cabe, constituye un buen quebradero de cabeza para el Estado sionista.

● DEMASIADAS COINCIDENCIAS

Y ahora, dos coincidencias. La primera consiste en que, exactamente dos días antes de la incursión del 30 de septiembre, el general Yehoshua Saguy, jefe de los servicios de información militar israelíes, se declaraba pública e irónicamente sor-

prendido de que Iran todavía no hubiese intentado bombardear el reactor nuclear iraquí. Extraña premonición, desde luego, que viene completada por una segunda coincidencia: la aviación israelí y la persa son las únicas de la zona que tienen en servicio el caza-bombardero «Phantom». A ello viene a unirse el hecho evidente de que, volando y en combate, todos los Phantom son pardos.

El Mac Donnell F-4 Phantom es un avión que no puede considerarse moderno, si lo comparamos con los complejos aviones norteamericanos de nuevo cuño: F-14 Tomcat, F-16 y F-18 «Hornet». Tiene a cuestas dos décadas de existencia, y sobre él recayó buena parte de la guerra aérea sobre Vietnam. Pero, en 1980, este biplaza de combate sigue siendo un avión altamente operativo. La fuerza aérea española lo tiene en servicio, y todavía la US Air Force recurre a él para determinado tipo de misiones. Se trata de un ingenio volante altamente maniobrable, versátil y con una elevada capacidad de fuego, tanto en combate aire-aire como en ataque a tierra. Precisamente, como ya hemos comentado anteriormente, en la guerra irano-iraquí está llevando, por parte persa, todo el peso de la batalla en el cielo. Israel lo alinea junto a sus «Kfir» y «Mirage», y en 1974 tuvo la desgracia de verlo operar sobre los campamentos palestinos en el sur del Líbano, con efectos devastadores.

Unos días después del ataque del 30 de septiembre, un alto cargo iraquí acusaba ante los periodistas a Israel de haber bombardeado el centro nuclear, en connivencia con Irán. Tal acusación coincidía con las sospechas, abiertamente expresadas, de numerosos observadores. Sin embargo, no existe ni una sola prueba, ni a favor ni en contra, referente a una intervención judía. Sólo indicios y suposiciones. Recordando al viejo dicho de «¿a quién aprovecha el crimen?», está claro que, en caso de dañarse la central nuclear, Israel sería el gran benefici-

ciado. Respecto a la capacidad e iniciativa de las Fuerzas Armadas judías para llevar a cabo una operación de este tipo, éstas han dado suficientes ejemplos como para que podamos esperar para ellas cualquier cosa. Y técnicamente hablando, una incursión «era» posible. Basta preparar unos aviones camuflados e internamente con los colores iraníes, poner a los mandos pilotos recogidos y recurrir a la mensa fuente de datos que los servicios de inteligencia israelíes poseen sobre Irán, sus instalaciones y sus sistemas de defensa aérea. Es y es una pizca de suerte.

Respecto al itinerario a seguir, hay un par de posibilidades. Era necesaria, sin duda, la complicidad de algún Estado próximo a la zona de conflicto, que permitiese utilizar su espacio aéreo para tal menester. Para un avión que volase desde Israel sería, sobre el mapa, dos rutas factibles. Una es Siria. Naturalmente, todo el mundo sabe que Siria e Israel se acérrimos e enemigos, pero también es del dominio público que en Damasco se tragan al régimen de Saddam Hussein, y viceversa. Por una vez, y en vista de un interés común, las defensas antiaéreas sirias bien podrían haber mirado hacia otro lado cuando cuatro Phantom pasaron volando muy alto sobre ellas, de Israel en dirección al Iraq, al regreso.

El otro candidato es Turquía, país también fronterizo con tierra iraquí, y que mantiene inmejorables relaciones con los Estados Unidos, que, al fin y al cabo, son los «padrinos» de Israel. Además, un avión que volase desde la frontera turca pasaría de innumerables posibilidades de ser considerado como procedentes de Irán. Naturalmente, todo esto son más que suposiciones. Pero una cosa sí es clara: pilotos como los que le pasieron el cascabel al centro nuclear de Tammuz no ven volar todos los días.

Continuará
(Fotos del autor)



Una de las más jóvenes víctimas del bombardeo

GUERRA EN EL GOLFO y C



ARTURO PÉREZ REVERTE
ENVIADO ESPECIAL A IRAQ

◆ Lo que nunca escribe un periodista desde el frente de batalla

TODA guerra supone un torrente de datos políticos y militares, de rasgos trágicos y conmovedores, de sucesos espectaculares y acontecimientos dramáticos que crean el amplio decorado por el que discurre la actualidad. Habitualmente, ése es el tema sobre el que escriben los enviados especiales. Pero hay otra historia, aquella que se escribe con minúscula o no llega a escribirse nunca, porque «las cosas importantes» no dejan lugar, ni tiempo, para ello. Esa pequeña historia de cada conflicto está compuesta por mil pequeñas anécdotas, por montones de pequeños sucesos, a veces penosos y a veces divertidos, que muy rara vez llegan a conocimiento de los lectores. La guerra irano-iraquí no ha sido una excepción. Y hoy, Arturo Pérez-Reverte nos ha escrito esa crónica «con minúscula».

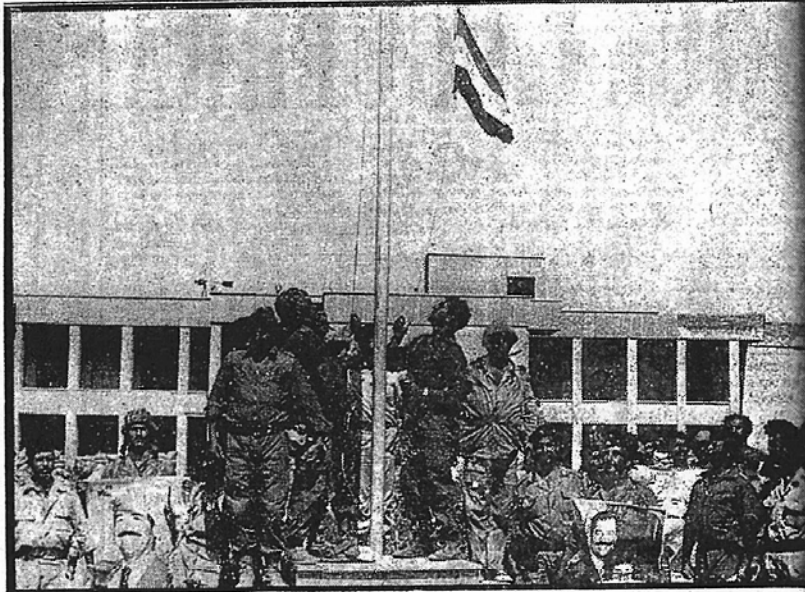


Foto para la Prensa. Posan los vencedores.

PERIPECIAS DE RETAGUARDIA

Todo el mundo sabe que al estallar el conflicto acudieron a Bagdad un par de centenares de periodistas de todo el mundo. Entre los primeros que pisaron suelo iraní «estaba un pequeño grupo de españoles: «ABC», «Logos», «D-16», «El Alcázar» y PUEBLO. Por la precipitación con que nuestros respectivos medios nos arrojaron a esos mundos de Dios —exactamente tres horas para obtener visado y coger el avión—, los enviados especiales llegamos a Barajas con menos de 50.000 pesetas cada uno en el bolsillo. Como el aeropuerto de Bagdad ya estaba cerrado, hubo que pasar la noche junto al aeropuerto, pendientes de encontrar plaza en un avión que, al menos, «nos acercara a la zona. Hubo suerte. Al día siguiente, gracias a la infinita cortesía de la oficina de Kuwait Airlines, nos colamos en un avión que se dirigía a Kuwait.

En la meca del petróleo, así es la vida, se acabó toda la enternecedora simpatía kuwaití. Ninguno de los cuatro pardillos que aterrizamos a las dos de la madrugada llevaba visado para ese país, y a pesar de la tradicional amistad hispano-árabe, a pesar de que desplegamos todos nuestros encantos y apasionada elocuencia, el trato que nos dispensaron las autoridades de inmigración sólo puede calificarse de absolutamente infame. Saltándose a la torera los convenios de la IATA, no nos permitieron

alojarnos en un hotel —lleábamos billete de tránsito a Amman— y tuvimos que pasar una nochecita toledana tumbados en los incómodos sillones del aeropuerto, y siguiendo la guerra por radio. Por supuesto, no pagamos ojo.

EL CACHORRO DE KASER SHERIN

En Amman, llegados por fin a la capital jordana, enviarnos una crónica y, tras comernos un bocadillo —no había dinero para más— nos embutimos los cinco periodistas en un taxi que, tras recorrer 800 kilómetros de noche, a través del desierto, y con un frío de mil diablos, nos depositó en Bagdad. Hay que reseñar que el viaje duró veinte horas y, como el conductor palestino se dormía como un tronco al volante, nos vimos obligados a mantenerle despierto a base de montarlo a la madre y cantarle al oído bellas y estridentes baladas tirolesas. Sólo nos salimos de la carretera media docena de veces, lo cual, en vista de las circunstancias, bien puede considerarse un éxito. De los aires nocturnos recibidos durante el periplo, Lola Infante, de «D-16», trincó un catarro del que, según mis noticias, todavía está recuperándose.

Una vez metidos en harina, lo habitual. Broncas con los funcionarios del Ministerio de Información, carreteras por llegar al telex an-

tes que los colegas, para informar de un bombardeo... Aquellas largas horas colgados del teléfono, intentando comunicar con alguna parte durante horas y horas, mirando al reloj y royéndose las uñas hasta la raíz entre alaridos histéricos... Historias dramáticas, como la de aquella niña herida durante un bombardeo, que te miraba con los ojos muy abiertos desde la cama del hospital Ali Yarmud. Historias tiernas, como la del compañero francés que encontró un cachorrillo abandonado entre las ruinas de Kasér Sherin. Un perro guapísimo, con los ojos claros, casi azules, que se pegó a sus zapatos y no consintió en abandonar hasta que el francés le metió en su macuto y se lo llevó con él a su país. «Le llamaré Jomeini», decía el tío.

Las agarradas con los taxistas: 40.000 pesetas por llevarte al frente. Para ellos, la guerra se había convertido en un auténtico negocio. Nos reunimos los periodistas en corros, juntando el dinero suficiente para pagar a aquellas sanguijuelas con taxímetro. Y, después, cuando sonaban bombazos a lo lejos, paraban el coche y te decían que siguieras a pie. En mi vida he estado tan cerca de degollar a un operario del volante.

PERIODISTAS EXPULSADOS

La lucha contra la intoxicación propagandística. Como todo país en tiempo de guerra, el Gobierno iraní nos bombardeaba a diario con informaciones que daban por segura la toma de tal lugar, la conquista de aquél, el bombardeo de éste otro... Y en todo aquel torrente de cosas, los periodistas debíamos escarbar con pinzas, seleccionando lo que parecía probable y descartando lo que oía a camelo, reduciendo automáticamente las cifras de bajas enemigas y aguantando después el chorro de las autoridades iraníes, cuyo director de Información solía acusarte en su despacho de «Prensa imperialista» y de «gilipollas». Precisamente por afirmar cosas que Bagdad negaba, tres compañeros fueron expulsados oficialmente, acu-

sados de «enemigos del pueblo». Uno de ellos fue la Lola, que después, desde Amman, envió una última crónica en la que se despachaba a gusto con el personal.

El hotel donde nos alojábamos los buitres era excelente: estaba atendido por un equipo español, experto en estas cosas. Pero, los bombardeos hicieron emigrar a la mayor parte, y el hábitat decayó notablemente. Empezaron las restricciones, las facturas del bar las cobraban «in situ» —duro golpe a la Prensa, siempre sedienta— y el oscurecimiento ante las alarmas aéreas nos dejó sin luz por las noches. Nos movíamos a la luz de las velas, rodando alegremente por las escaleras y empringándonos de cera hasta las cejas. Cuando sonaba la alarma aérea, a las tres de la madrugada salíamos en calzoncillos a la terraza, observando los fuegos artificiales y comentando las incidencias de los combates aéreos, como si de un partido de fútbol se tratara.

Entré en territorio iraní por el frente medio, y me traje de recuerdo una bandera persa, que hoy luce en casa de mi jefe. Se apropió mi heroico trofeo. Otro compañero que se echó una siesta en una cama desvencijada en el puesto pronterizo —arrasado por las bombas— de Jorsavi, se trajo un recuerdo mucho más emotivo: docenas de pulgas que se resistieron a abandonarlo y

que contaminaron a un montón de compañeros, quienes agradecieron efusivamente el detalle al infecto.

DE COMPRAS EN BAGDAD

Un día, junto a un colega, me encontraba junto al zoco de Bagdad cuando empezaron a sonar los bombazos. La aviación de Jomeini volvía a la carga con auténtico entusiasmo profesional. La gente se puso a correr hacia los refugios, como suele hacerse en estos casos, pero mi compañera y yo teníamos curiosidad por ver las cosas desde la superficie. Así que nos dimos un paseo por el mercado, mirando de vez en cuando hacia el cielo, y hete aquí que encontramos abierta la tienda de un comerciante en plata y cosas por el estilo. El hombre no se había largado, sino que permanecía allí, sentado en la puerta. Le preguntamos si no tenía miedo de las bombas y dijo que no, que según la ley de las probabilidades, a él no le tocaba todavía. Era el hombre tan redicho que nos cayó simpático. Nos metimos en su tienda, sólo a echar un vistazo, y en el preciso momento en que sonaban dos nuevas bombas en las proximidades, el fulano nos estaba vendiendo ya unos «souvenirs», más atento a su negocio que a la guerra y la vorágine. Creo que es la

primera vez en mi vida que estoy de compras durante un bombardeo.

Un día, se acabó el día se acabó la racha de actualidad en primera página había que traerse a más las fotos antes de que se cieran viejas. Carreteras, manta. Amman, Viena, Madrid. Nadie que no esté «ajo» puede imaginarse la cantidad de disgustos, presiones, horas de espera, dimes y ultreras gástricas que se cierran tras esos tres meses de ciudad. En un momento en tiempo de guerra adonde afluyen todos los gitivos de Iraq que consiguen un avión que devuelva a Europa, logran billete de avión constituido una odisea. Reunimos nuestros últimos dineros, colega y yo nos alojamos en un hotel de la capital iraní, a la espera de un vuelo. Lo conseguimos por fin, gracias a los buenos oficios del embajador de España en Amman, y además tuvo el detalle de invitarnos a cenar su última noche en su residencia. Ibamos sucios, barbudos y oliendo a perros, pero la comida era caliente, la paña grata y la conversación elevada. No lo hizo aquel periodista que de nuestro género como «los yes mendigos».

Fin de la...
Fotos del an...



Llegar hasta el frente puede costar 40.000 pesetas en taxi.



Fuerzas revolucionarias iraníes, aprendiendo a matar. (Foto Efe).